



Eloy M. Cebrián  
**TRES CUENTOS  
FANTÁSTICOS**

# TRES CUENTOS FANTÁSTICOS

Eloy M. Cebrián

© 2013, Eloy M. Cebrián

Cubierta: John Henry Fuseli, *Silence*

## ÍNDICE

[El extraordinario caso de los dos lectores](#)

[Vosotros, los que entráis](#)

[El juego](#)

## EL EXTRAORDINARIO CASO DE LOS DOS LECTORES

La historia que me dispongo a narrar ocurrió en un hotel de playa, uno de esos antros infames donde muchas familias con hijos pequeños se hacinan en los meses de verano. No voy a mencionar el nombre del lugar ni el de la población donde se encontraba, ya que ambos detalles carecen de importancia. Al margen de que todos estos hoteles son en esencia iguales, abominablemente iguales. No obstante, por mor de la conveniencia narrativa, me referiré a dicho establecimiento con el nombre de «Aparthotel Playasol», y lo ubicaré en la pintoresca (e imaginaria) localidad de Sant Hilari del Port, en algún lugar de nuestra costa mediterránea. Pues bien, en el Aparthotel Playasol estaba padeciendo yo algunos de los días más desdichados de mis largas vacaciones estivales (soy profesor y disfruto de dos meses de vacaciones en verano, mal que les pese a algunos) cuando los increíbles sucesos que voy a referir tuvieron lugar.

Sin embargo, antes de entrar en el meollo del asunto, considero necesario enriquecer con algunas pinceladas de detalle la ambientación de mi relato. Diré, para empezar, que mi esposa, mi hijo de cinco años y yo compartíamos un apartamento con vistas al mar en el primer piso del hotel, si bien, en honor a la verdad, el apartamento al que me refiero se reducía a una habitación de modestas dimensiones dividida en dos habitáculos mediante paneles prefabricados. La sensación que me asaltó al penetrar allí por primera vez fue de una claustrofobia inmensa, semejante a la que debe de sentir un ratón confinado en un laberinto con fines experimentales. De hecho, mi primera reacción fue dejar caer las maletas y buscar al director para hacerle saber mis quejas, y luego telefonar a la agencia de viajes y amenazarlos con acciones legales. Después me fijé, sin embargo, en que «el apartamento» se correspondía en todos sus detalles con las fotografías del folleto, aunque sin duda éstas

habían sido tomadas con ayuda de un complejo juego de objetivos gran angular, puesto que las amplitudes que mostraban nada tenían que ver con las angosturas de aquella estancia, donde las paredes parecían a punto de cerrarse sobre el desdichado huésped y triturarlo como un par de gigantescas mandíbulas. Luego, tras asomarme a la escueta terraza, comprobé que ni siquiera el detalle de las «vistas al mar» era inexacto, pues efectivamente se distinguía una angosta cinta azul entre las dos monstruosas torres de pisos que se erguían al otro lado de la calle. De paso, comprobé el estruendo que se colaba desde el exterior, compuesto por el rumor constante del tráfico y las voces de unos dos o tres mil niños lanzando alaridos al unísono en la piscina del hotel, situada por más señas justo al pie de nuestro apartamento. Estaba yo a punto de sumar mis gritos a los de los niños de la piscina cuando noté que mi mujer había salido también a la terraza. «Está muy bien, ¿verdad?», me preguntó con tono cauteloso. Entonces mi hijo irrumpió en la terraza dando brincos de entusiasmo, con lo que llegué a temer que aquel balcón de juguete se derrumbara por efecto del sobrepeso y la vibración. «¡Papa, papá!», gritaba el niño. «¡Qué chulo! ¡Es como las casitas en un árbol que salen en las películas!» Yo suspiré enternecido y dije que sí, que en efecto nuestro apartamento era muy chulo, exactamente como una casita en un árbol. Cuando entré para deshacer las maletas, la sensación de ahogo se repitió, pero la reprimí con un enérgico acto de voluntad. «Son sólo diez días», me consolé. Sin embargo, tras el quinto día de estancia en aquel horror con vistas al mar, mi claustrofobia se había acentuado de tal modo que llegué a temer por mi salud mental. Sí, pensé que iba a perder la cabeza. Y no exagero un ápice. De hecho, es posible que así ocurriera, a juzgar por lo que enseguida contaré.

Aunque antes quisiera decir que no existe lugar en el mundo tan parecido a un cuartel como estos hotelitos de playa, hasta el extremo de que cualquier persona en su sano juicio acaba detestando cada minuto de su vida que malgasta allí. La odiosa rutina de cada jornada comienza

temprano, quizá a las ocho, momento en que hay que realizar la primera cola de la jornada ante la puerta del comedor. Después, convenientemente untado de potingues solares, es necesario trasladarse a la playa con urgencia para plantar la sombrilla, que viene a ser como decir «este trozo de playa es mío, no os atreváis a acercaros», y disponerse a defender el terreno ocupado con uñas y dientes. Naturalmente, este rito de reivindicación territorial ha de tener lugar siempre antes de las diez. De otro modo es muy probable que nuestra sombrilla haya de ser hincada en pleno asfalto, pues la playa estará ya tan cubierta por toallas y colchonetas que la arena apenas será visible.

La playa. Jamás he visto lugar donde las bajas pasiones y las mezquindades afloren de forma tan ostensible. Parece que la obscena cohabitación que allí hemos de soportar nos haga odiar a nuestros semejantes con una intensidad de la que nos creíamos incapaces. Odiamos a los niños que pasan corriendo y salpicando arena, a esa familia numerosa y estridente que, provista de nevera portátil y fiambreras sin fin, no ha dudado en allanar nuestro territorio colocando sus esteras a menos de diez centímetros de las nuestras; odiamos a las ancianas que desfilan ante nosotros en topless, porque ofenden nuestro sentido estético; odiamos a las hermosas jóvenes que hacen lo propio, si cabe con más virulencia aún que a las ancianas, toda vez que las sabemos fuera para siempre de nuestro alcance, por más que sus turgencias y sinuosidades nos sigan encandilando con su brillo de frutas prohibidas. Odiamos a nuestra familia por obligarnos a soportar este calvario año tras año, y a nosotros mismos por dejarnos convencer una vez más. Y después de varias horas de tedio y calor, luego de un par de chapuzones en las aguas infectas del Mediterráneo (donde no es raro tener que sortear pañales sucios y preservativos usados que nos rondan como pecios de un nauseabundo naufragio) odiamos a todo el género humano mientras emprendemos el regreso al hotel y nos mentalizamos para enfrentarnos a uno de los momentos más temidos de la jornada: la hora de la comida. A poco que uno se descuide, la cola ante la

puerta del comedor puede durar sus buenos veinte minutos, durante los cuales nuestras tripas no dejarán de protestar con retumbos y borborignos. Luego tendremos que hacer juegos malabares con varios platos ante el buffet, apartando a codazos a esos perversos infantes que escarban en las bandejas de comida como si estuvieran construyendo túneles en la arena. Asistiremos, de paso, a uno de los espectáculos más bochornosos que existen: el de la gula de quienes se creen obligados a repetir varias veces para amortizar el precio pagado por las vacaciones, o bien a no dar por terminada la comida hasta que lo han probado todo, absolutamente todo, lo que les impulsa a levantar en sus platos una inmundicia montañesa de trozos de pollo asado, chuletas de cerdo, spaghetti al pesto, coliflor gratinada y huevos rellenos de tomate y atún, todo ello generosamente salpicado de ketchup, mayonesa o cualquier otra salsa disponible. Engulliremos nuestra comida en cuatro bocados, porque el estruendo es tan ensordecedor que sentimos continuas tentaciones de precipitarnos hacia la puerta, o quizá desistamos del postre tras observar cómo uno de los niños de la mesa de al lado acaba de vomitar copiosamente sobre su plato. Después viene la siesta, el marasmo de las cuatro de la tarde, y de las cinco, y de las seis, convenientemente amenizado por los chavales que vociferan en el karaoke que acaba de organizarse junto a la piscina. Las horas anteriores a la cena suelen suponer todo un reto a la creatividad: ¿qué hacer en un lugar donde no hay nada que hacer, lejos de nuestros libros, de nuestros discos y de todos esos objetos amados de los que nos valemos en nuestros ratos de ocio? La respuesta suele ser el clásico paseo junto al mar, durante el que sólo es posible entretenerse comprobando las variaciones de precio de la colchoneta-cocodrilo en las distintas tiendas de souvenirs, o bien intentando averiguar cuál de los achicharrados turistas alemanes que se nos cruzan desarrollará antes cáncer de piel. La cena suele ser una fiel repetición de la comida (a decir verdad, la vida en el Aparthotel Playasol se reduce a una aborrecible sucesión de repeticiones). Después, en la terraza, intentare-

mos olvidar nuestra desdicha a base de gin-tonics. Y entonces, ya borrachos sin remedio, puede que toquemos fondo en nuestra degradación al permitir que la animadora del hotel (esa nueva modalidad de prostituta creada ex profeso para hoteles familiares) nos convenza para participar en el concurso de Míster Tarzán. Gracias a Dios el alcohol ingerido ayuda a que esto no deje huellas en la memoria, al menos en la propia, aunque no es raro que nuestra esposa nos fotografíe intentando reventar un globo de colores con las nalgas.

Resulta fácil imaginar mi estado de ánimo tras pasar cinco días sujeto a esta rutina inhumana. Tampoco es difícil comprender que, sintiéndome poco menos que un prisionero en aquel execrable lugar, diera yo en buscar alguna vía de escape a tantos padecimientos. El libro de Javier Marías que había traído conmigo había resultado un fiasco, y las estanterías de las tiendas de la playa ofrecían sólo a Tom Clancy y Ken Follet como execrables alternativas, de modo que se me ocurrió entretener mis horas convirtiéndome en espectador de la comedia humana (lo que no ha de confundirse con ejercer de simple mirón, Dios me libre). Empecé, pues, a poner atención en la fisonomía y hábitos de ciertos huéspedes del Aparthotel Playasol, los que me parecieron más singulares e interesantes. Mi intención era leer en aquella gente como quien lee en las páginas de un libro, destripar sus intimidades a partir de su aspecto, sus gestos y sus manías visibles, tal como hacía el personaje-narrador de esa novela cuya lectura, por plúmbea y morosa, yo había interrumpido sine die. Aunque lo cierto es que no resulté ser un hacha en este menester. Y es que, a diferencia del héroe de Marías, me resultaba imposible adivinar si aquel señor mayor de la camisa rosa regentaba un burdel o una notaría, o bien si su relación con la morbosa adolescente que comía a su lado era de índole familiar o se trataba de algo más turbio. De hecho, me sentí tan frustrado por mi falta de sagacidad que pensé que lo mejor sería dejarlo correr.

Entonces fue cuando me fijé en ellos.

Era una pareja joven con un niño pequeño. En apariencia nada los distinguía de las docenas de parejas de la misma edad que se hospedaban en el hotel. Los padres rondarían los treinta años, y su aspecto físico resultaba tan poco sobresaliente que ni siquiera merece la pena referirse a él. En cuanto al niño, era poco más que un lactante. ¿Qué los hacía distintos entonces de todos los demás? La respuesta es sencilla: ellos leían. Y no me refiero a que los viera leer alguna vez, cosa que mucha gente hace, especialmente en la playa, donde hasta los más lerdos tienen que recurrir a algún libro para sacudirse el inmenso tedio reinante. Ellos LEÍAN. Leían de verdad.

La primera vez que reparé en los lectores (así los denominaré en adelante) fue en la cola del desayuno, creo que al cuarto o quinto día de nuestra llegada. La pareja aguardaba a que las puertas del comedor se abrieran: él delante y ella detrás a cargo del carrito dentro del cual gorjeaba el bebé. Ambos sostenían libros abiertos ante la cara y tenían la nariz prácticamente enterrada en ellos. Yo me situé justo detrás con mi familia y me fijé en que no hablaban entre sí ni parecía importarles lo que aconteciera en el mundo exterior. Simplemente leían. Cuando la cola se puso en marcha, siguieron leyendo. Y después leyeron mientras buscaban una mesa para desayunar. A mí el comportamiento de la pareja se me figuraba ya tan peculiar que procuraba no quitarles ojo de encima, lo que me valió una mirada de censura de mi esposa, quien tal vez pensó que me sentía atraído por la mujer (aunque ya he aclarado que no era su aspecto lo que me interesaba). Tuvieron que dejar de leer mientras acudían al buffet para servirse el desayuno, pero reparé en que lo hacían por turnos: mientras uno de los dos lectores llenaba su bandeja, el segundo permanecía en la mesa y seguía leyendo. Quizá otro habría pensado que obraban de este modo para no dejar desatendido al bebé, pero yo intuí que no era así. De alguna forma adiviné que los libros eran para ellos mucho más que un entretenimiento. Por regla general ambos leían a la vez, pero si uno de los dos debía abandonar la lectura por cualquier motivo, el otro se-

guía con su libro abierto, leyendo si cabe con más ahínco, como si tuviera que suplir el abandono momentáneo del compañero redoblando su concentración. Desayunaron usando solamente una mano, pues con la otra seguían sosteniendo el libro. Después abandonaron el comedor sin dejar de leer, y nadie pareció reparar en ellos excepto yo. Es cierto que también a mí me ha ocurrido alguna vez, me refiero al hecho de no ser capaz de abandonar un libro cuando éste cautiva mi interés de verdad. Confieso que he leído a escondidas en horas de trabajo, y que leo con asiduidad mientras estoy sentado en el retrete. Quizás por eso, porque conozco todas las mañas y rarezas del lector compulsivo, aquella pareja me pareció extraña: leían como si la vida les fuera en ello.

Pero mi extrañeza se volvió fascinación en los días sucesivos, conforme espiaba a los lectores y los veía incurrir en los comportamientos más estafalarios con tal de no abandonar sus libros. Los vi leer en la playa, bajo sus sombrillas o mientras tomaban el sol. Los vi leer mientras paseaban junto al mar, a riesgo de chocar con los caminantes que venían en sentido contrario, y en una ocasión vi cómo intentaban jugar al tenis de playa sin abandonar su lectura. Vi al hombre jugar con el niño en la arena sin soltar su libro; incluso presencié cómo ella leía dentro del agua, que le llegaba casi hasta el pecho, mientras sostenía el libro en alto para que las páginas no se mojaran. Los vi leer al borde de la piscina del hotel, turnándose para darse un chapuzón. Los vi leer sentados en un chiringuito ante dos cañas de cerveza y una ración de boquerones, mientras King África aullaba por los altavoces. Leyeron, por supuesto, en el comedor durante todas las comidas y cenas. Leyeron por la tarde, a la hora del paseo, caminando o sentados en uno de los bancos del paseo marítimo. Leyeron de noche en la terraza del hotel, sin dejarse distraer por la actuación del cantante de boleros ni por los alaridos amplificadas de la animadora. Y no me cabe la menor duda de que leían durante toda la noche, quizá estableciendo turnos para que uno de los dos pudiera echar una cabezada mientras el otro

asumía en solitario aquella obligación constante. Y he usado la palabra «obligación» de forma deliberada, pues a partir de cierto momento me convencí de que la lectura era para ellos una especie de condena, como la de un reo que es sentenciado a trabajos forzados. O quizá fuera mejor concebir su hábito como una enfermedad, un trastorno o deformidad visible que los avergonzaba, y de ahí que quisieran disimularlo a toda costa empeñándose en mantener una apariencia de vida normal. Ellos querían ser como todos los demás, y por eso pasaban sus vacaciones en el Aparthotel Playasol, un lugar que a fuerza de ser normal resultaba asaz ordinario, y se esforzaban de forma ostensible en realizar las mismas actividades que todas las familias normales que allí nos hospedábamos. Pero a la vez leían, leían sin parar, lo que convertía en excéntrica, e incluso ridícula, cualquier otra cosa que hicieran a la vez, como si alguien fumara mientras se ducha o cantara un aria de ópera a la vez que se come un plato de fabada. Una vez que establecí este hecho de un modo que las pruebas señalaban como irrefutable, sólo me quedaba averiguar dos cosas: ¿Qué clase de libros leían y por qué debían leerlos sin descanso?

Y aquí fue donde mi capacidad deductiva tocó techo.

Tan frustrado me sentí por no ser capaz de encontrar una respuesta racional a estas preguntas, que no se me ocurrió nada mejor que hablar del asunto con mi mujer, cuyo sentido común siempre me había parecido admirable (siempre que no lo empleara para poner en evidencia alguna de mis numerosas necesidades, claro está).

—¿Te has dado cuenta de lo rara que es esa gente? — le pregunté un día en el comedor como quien no quiere la cosa, mientras señalaba con un ademán hacia los lectores, que comían y leían a un par de mesas de distancia de nosotros.

Mi mujer ni siquiera se molestó en mirarlos.

—¿Has visto? —insistí—. Se pasan el día leyendo.

Entonces ella levantó la vista y me dedicó una de sus miradas de «Dios mío, ¿por qué me casaría yo con este cre-

tino?».

—¿Y qué? Tú haces lo mismo muchas veces.

Acusé el golpe, lo reconozco.

—No es lo mismo, joder. Ellos leen todo el tiempo.

—No digas tacos delante del niño.

—Vale. Pero ¿por qué crees tú que lo hacen?

Mi mujer suspiró para infundirse paciencia. Por su actitud, parecía estar hablando con un retrasado mental.

—Mira, eso a mí no me importa. Yo no me paso la vida mirando a los demás, como haces tú. Sobre todo si son mujeres. ¿O es que te crees que no me he dado cuenta? No tengo ni idea de por qué lee esa gente. A lo mejor porque les gusta leer. A lo mejor por lo mismo que lees tú, para no tener que molestarse en hablar con su familia. En lugar de preocuparte por personas que no conoces, ¿qué tal si pruebas a hacernos un poco más de caso? Por lo menos a tu hijo. Porque yo ya sé que no te intereso desde hace tiempo...

Y siguió durante un buen rato. Pero yo había dejado de escuchar.

Por más vueltas que le daba al asunto, sólo se me ocurrían dos cosas que pudieran obligar a alguien a leer con tal voracidad. La primera era algún tipo de voto religioso o promesa. Esto lo pensé al verlo a él pasear por la terraza del hotel con el libro abierto ante los ojos. Caminaba muy despacio y parecía completamente absorto en la lectura, como si toda realidad ajena a su libro hubiera dejado de existir o no hubiera existido nunca. Mientras tanto, ella le daba de comer al niño su potito en una mesa. Es cierto que mantenía el libro abierto, pero a veces se veía obligada a desviar la mirada para asegurarse de que la cuchara entraba por la boca del niño, y no por la nariz o uno de sus ojos. Quizá por eso él se había apartado, para poder suplir la falta de concentración de su mujer de un modo más escrupuloso. Lo miré mientras caminaba pausadamente en torno a la piscina o entre las mesas donde los huéspedes tomaban aperitivos y sacudían la arena de la playa de las plantas de sus pies. Todo el mundo hablaba a grito pelado para hacer-

se entender por encima de la atronadora pachanga que vomitaban los altavoces. Sin embargo, él parecía tan sumido en su libro como un monje en su breviario. Y fue esa imagen del monje leyendo sus oraciones mientras paseaba en torno al claustro del convento la que me dio la idea. Quizás ellos eran también una especie de monjes, y lo que hacían no era exactamente leer, sino orar. Pensé que es algo común a todo buen fanático religioso que se precie, ya sea católico, protestante, judío o musulmán. Todos se pasan la vida leyendo sus libros sagrados. Los judíos incluso inventaron la cábala, que no es sino la ciencia de descifrar mensajes de la Divinidad en la Escritura. Mis lectores tenían que ser una especie de exégetas o cabalistas de algún culto enormemente riguroso con sus prosélitos. Sin duda había dado en el clavo, y la alegría de haber resuelto el misterio me hizo experimentar una enorme satisfacción personal. Sonreí de oreja a oreja sintiéndome un lince, sin reparar apenas en los reproches de mi mujer, quien se empeñaba en conocer el motivo de aquella expresión de idiota risueño que había asumido de repente, sin oír siquiera los gimeos de mi hijo, empeñado en tomarse una fanta de naranja.

Pero entonces me di cuenta de que mi teoría de los fanáticos religiosos era por completo inconsistente. ¿Qué familia de ultraortodoxos acudiría a pasar sus vacaciones a un sitio como aquél? Ninguna, sin duda. La simple idea me pareció ridícula al ahondar en ella un poco más. Cualquier culto medianamente fundamentalista reprobaba el Aparthotel Playasol como un lugar pecaminoso y disoluto, un auténtico antro de iniquidad (y, bien pensado, hasta puede que en efecto lo fuese). Por otro lado, ¿se van de vacaciones los fanáticos religiosos? Tal vez vayan a un monasterio en medio del desierto donde poder administrarse latigazos sin estorbos, pero jamás a una playa de Levante ataviados con la misma indumental playera que los infieles que allí se solazan con mundanos placeres, es decir, bañadores, bikinis, shorts, pareos, riñoneras y camisetas de colores fosforito, pues tal era la forma en que vestían los lectores, por si an-

tes no lo había mencionado. ¿Incurría un fanático religioso en actitudes tan poco devotas como las de mi pareja de lectores, quienes consumían cervezas y panchitos como todo el mundo, aunque lo hicieran sin abandonar la lectura? La respuesta era no. Sentí tal rabia al ver cómo mi hipótesis, que yo creía a prueba de bomba, se derrumbaba como un castillo de naipes, que cometí un gratuito acto de crueldad negándole a mi hijo su anhelada fanta de naranja. Esto me valió una mirada de desdén de mi mujer, acompañada de un comentario que imagino despectivo, si bien confieso que no lo llegué a oír, porque ya tenía la cabeza en otra cosa.

El secreto tenía que estar en los libros. Por algún misterioso motivo, esos libros los subyugaban de tal modo que no podían dejar de leerlos. Parecían poseídos, imantados por la lectura. Y entonces me di cuenta de que yo deseaba leerlos también. Deseaba esos libros más que nada en el mundo. Tenía que averiguar sus títulos, sus autores (puede que todos ellos fueran del mismo autor, un mago de la literatura de tal calibre que sus lectores se convertían en esclavos, hechizados sin remedio por sus palabras). Porque ese era precisamente el tipo de lectura que yo llevaba años buscando infructuosamente, libros tan apasionantes que te hicieran olvidarte de todo, de la vida y sus sinsabores, de la familia, del trabajo y de todos esos idiotas que parecen haberse conjurado para no dejarte nunca en paz; libros que te hicieran olvidarte de ti mismo hasta el punto de no temer incurrir en las mayores extravagancias con tal de no interrumpir la lectura. Esos eran los auténticos libros sagrados que yo había desistido de poder encontrar. Pero los lectores parecían haberlo conseguido. ¿Podría robarles su secreto?

Las posibilidades que se abrían ante mí eran tan inmensas, tan fascinantes que por un momento sentí que levitaba del suelo. Fue como si el éxtasis me arrebatara del mundo, un momento de felicidad casi perfecta. Pero la realidad no tardó en abrirse paso y yo volví a abrir los ojos en la bulliosa terraza del Aparthotel Playasol. Mi mujer me miraba